

1. Lo intrapsíquico y lo intersubjetivo

Pulsiones y/o relaciones de objeto

Desafíos del debate entre intrapsíquico e intersubjetivo

Elegí tratar las relaciones entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo porque este tema implica desafíos en múltiples niveles. Nadie negará que el solo enunciado de este título evoca un entrecruzamiento de problemas en el centro de la experiencia psicoanalítica de hoy, si no de siempre. Todos estarán de acuerdo en reconocer que el eje de la cura apunta a iluminar lo intrapsíquico, el mundo interior del analizante, pero todos también tendrán que admitir que es la transferencia la que fuerza —empleo este verbo a propósito pues pienso en el recorrido de Freud— al analista a entrar en el juego, metido como está en el proceso psicoanalítico por las proyecciones de que es objeto. Más aún: sólo el análisis de esas proyecciones y de la respuesta que será llevado a darles remitirá su palabra y su acción a la realidad psíquica del paciente. ¿Cómo lo lograría sin hacer participar su propia realidad psíquica? Ese es el sentido, claramente, de lo que se ha denominado «segunda regla fundamental», la necesidad de análisis del analista. En este entrelazamiento de los mundos interiores de ambas partes de la relación analítica, la intersubjetividad toma cuerpo, lo cual no implica la simetría de los protagonistas. Este conjunto al que son llamados los componentes esenciales de la práctica analítica puede también dar materia para un conflicto de interpretaciones. Estas dos dimensiones, en lugar de articularse, pueden volverse objeto de una lucha por la supremacía en la que cada punto de vista, aunque reconoce el lugar del otro, deberá asegurar su preeminencia o incluso instaurar su hegemonía. Veremos también que estos combates tienen sus raíces en un nivel ideológico que no es perceptible de entrada, pero que una reflexión, incluso parcial, termina por poner en evi-

dencia. Del lado de lo intrapsíquico, no tardará en reconstruirse la hipótesis central de la pulsión; del lado de lo intersubjetivo, se desembocará en la perspectiva inaugurada por la relación de objeto, que se apoya sobre todo en la idea de una «*two bodies psychology*», como si la invocación de la dualidad trasladara automáticamente la problemática al plano psicológico, que nace de la relación de un psiquismo con el otro. La mayoría de las veces se preferirá reinterpretar los efectos tributarios de cada uno de los términos en cuestión, proponiendo una nueva manera de considerar sus relaciones. Es lo que haré por mi parte. Mis puntos de apoyo se esforzarán por tener en cuenta las enseñanzas de la clínica contemporánea, muy especialmente de las estructuras no neuróticas.

El doble límite

Al proponer el modelo del doble límite¹ para caracterizar el pensamiento de los casos límite, así denominados por considerárselos en los límites de la psicosis, tracé en un mismo esquema el límite vertical entre adentro y afuera, y en el seno del adentro, dividiéndolo por la mitad, el límite horizontal entre lo consciente en el piso superior y lo inconsciente en el piso inferior. A partir de allí resultaban definidos dos campos: el de lo intrapsíquico, adentro, que es producto de las relaciones entre las partes que lo componen, y el de lo intersubjetivo, entre adentro y afuera, cuyo desarrollo comprende la relación con el otro, pues el afuera, para la estructuración psíquica, no es solamente la realidad sino, en su seno, al simbolizarla y significarla, lo que se designa en psicoanálisis como objeto, que de hecho remite al otro sujeto. El objeto, entonces, se halla en un doble lugar: pertenece a su vez al espacio interno de los dos pisos, consciente e inconsciente, y está presente también en el espacio externo como objeto, como otro, como otro sujeto.

Genealogía objetual y genealogía subjetual

De hecho, cuando se procede a un examen del concepto de objeto en psicoanálisis, por poco reflexivo que sea, se descubre rápidamente que bajo este término único se agrupan multiplicidad de contenidos.² Acabamos de comprobar que este es el caso al oponer el objeto incluido en el montaje pulsional y el objeto al que apunta la satisfacción buscada, situado en el mundo exterior. Empero, las otras variantes son numerosas: el objeto del fantasma, el objeto real, sin contar el de la diferencia de sexos y el de la diferencia de generaciones en el Edipo.

Nuestra colección se vio enriquecida con la introducción de conceptos nuevos, tales como el objeto interno de Melanie Klein y el objeto transicional según Winnicott. De hecho, no existe —y no puede existir— ninguna concepción unificada del objeto. Aunque en él nazca la instauración de la diferencia (con respecto al yo o al sujeto), la multiplicidad de sus aspectos instituye también la necesidad de diferenciación en su interior. No se debe olvidar que siempre hay más de un objeto, no sólo para subrayar la diversidad de acepciones, sino también para remarcar la imposibilidad de definir un concepto que las reagrupa en su totalidad. A falta de lo cual se caería en los atolladeros de la solución genética, centrada en el objeto primario: la madre o su pecho, que hace derivar todas las variedades de ese mundo primitivo otorgándoles sólo el estatus de retoños que deben remitir, todos, a su modelo inicial. Esta concepción plantea muchas dificultades. En cambio, la literatura psicoanalítica de expresión francesa prefiere distinciones estructurales que no puedan fundirse en una referencia genética atinente al desarrollo, sea cual fuere la teorización que la sustente, ya se trate de la visión kleiniana de los objetos internos en el origen de la vida o la que surge de las concepciones respaldadas por la observación sistemática. El francés distingue *objets* (objetivo), término único de la lengua corriente, y *objets* (objetual), creado por el vocabulario psicoanalítico. Por consiguiente, a efectos de reunir las diversas figuras hablaré de *genealogía objetual*.

¹ A. Green, «La doble límite», en *La folie privée*, op. cit. [«El doble límite», en *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*, op. cit.].

² Ver los cuatro capítulos consagrados al objeto en mi *Propédeutique*, Éditions Champ Vallon, 1994.

En mi informe de Londres³ consideré que se estaba instalando una nueva metapsicología, que tiraba por la borda las distinciones freudianas para centrarse ahora en el estudio de las relaciones entre el *Self* y el objeto. El *Self* es el más reciente de los productos de la teoría. Muchas veces se ha señalado la insuficiencia del concepto de yo y se le ha agregado, según los contextos teóricos, otras entidades: el sujeto, el *je*,* la persona y, finalmente, el *Self*, también comprendido de manera diferente según los autores, desde E. Jacobson hasta Kohut. *Self*, *yo*, sujeto, *je*: para el psicoanálisis se abriría entonces una genealogía subjetal que desde ahora estaría en correspondencia con la genealogía objetal conocida desde hacía mucho tiempo. Como se ve, la pulsión freudiana era la gran sacrificada en este asunto. Quisiera aprovechar la ocasión para restablecer un equilibrio amenable por lo que temo que sea una tendencia idealizante en el seno del psicoanálisis. Trataré de sostener los dos plattos de la balanza que van de la pulsión al objeto y viceversa, porque lo importante no son las situaciones extremas sino el ir y venir, el recorrido, la oscilación; en suma, la dinámica que los reúne.

Percepción y representación

¿Cómo ayuda el mundo exterior al mundo interior a construirse, y según qué parámetros organizadores? ¿De qué manera el mundo interior moldea nuestra visión, nuestra concepción del mundo exterior, en función de qué exigencias? Es este un viejo problema para el psicoanálisis: diría incluso que es su problema más viejo, pues fue por él por donde comenzó: la relación percepción-representación. La percepción perdió terreno, en los orígenes del psicoanálisis, desde que Freud inventó el encuadre psicoanalítico destinado a favorecer y estimular la esfera de las representaciones, pero volvió muchos años después, cuando los psicoanalistas

³ A. Green, «L'analytiste, la symbolisation et l'absence dans le cadre analytique», *loc. cit.*

* *Je* es «yo», pero en cuanto entidad psíquica que ciertas escuelas psicoanalíticas postfreudianas distinguen de la instancia psíquica *moi*. (V. de la T.)

se interesaron más en las estructuras psicóticas y en las psicosis. La represión de la realidad invocada por Freud implicaba la imposibilidad de aceptar informaciones proporcionadas por la percepción. La alucinación positiva se arraigaba en una alucinación negativa. Y aunque la renegación y la escisión fueron descritas primero en relación con el fetichismo, en una segunda etapa la *Spaltung* fue reconocida en la fragmentación presente en la psicosis (*Bsperma del psicoanálisis*). Y, sobre todo, era incorrecto limitar la percepción a la sensorialidad, como lo hacía la psicología. Bastaba con leer a Freud con un poco de atención para darse cuenta de que también hacía intervenir la percepción en el mundo interior, el más lejano de la psique, al percibir estos dos del cuerpo propio; a la inversa, sucede lo mismo en el ámbito del pensamiento, pues para Freud la función principal del lenguaje era la de hacer perceptibles los procesos de pensamiento. Mientras que la percepción era definida por Freud, al comienzo de su obra, sobre todo como concepto que se puede oponer a la representación portadora de índices de realidad y utilizada para el conocimiento del presente, el desarrollo del pensamiento psicoanalítico lo obligaría a reconocer en ella una función más compleja. De hecho, lejos de estar al abrigo de las vicisitudes del mundo interior, la percepción puede convertirse, a su vez, en sede de procesos que demuestran un cuestionamiento de su función de garante de lo real. ¿No era esto lo que el saber clásico había descubierto a su respecto desde hacía mucho tiempo? El caso de la escisión fetichista lo ejemplificaba bien, y la alucinación negativa de la percepción del mundo exterior podía ser considerada el equivalente de la represión para el mundo interior. La prueba de realidad ya no se satisfacía con el soporte de la percepción. La relación percepción-representación, si bien conservaba cierta validez, debía ser repensada, pues no era suficientemente fiel a su complejidad.

Lo sucedido con la percepción tuvo una suerte de reiteración en el caso de la representación. No sin motivo, la segunda tópica le quitó en el nivel del ello el lugar que la primera le reconocía en lo inconsciente.

La representación, en cuanto opuesta a la percepción, vio extender su campo. La célula básica sigue siendo, para cualquier psicoanalista, la oposición que Freud instituye entre representación de cosa y representación de palabra

—es decir, en la cura, entre lo que significa el discurso del analizando y lo que remite a él en el mundo interior, sin que pueda reducirse—, pero, de hecho, una concepción más afinada de la representación muestra que hay que extenderla a otros datos que no han sido considerados; por ejemplo, las representaciones de la realidad. Freud habla de ideas y juicios que representan a la realidad en el yo. Dicho en otras palabras, la realidad no se contenta con ser percibida; también está representada en el yo a través de juicios. Es esto aquello a lo cual el lenguaje da acceso, sin explicarlo. En el otro extremo, hay que recordar lo que Freud denomina «representante psíquico de la pulsión», concebida esta, a su vez, como un representante psíquico de las excitaciones nacidas en el interior del cuerpo. Se entiende, entonces, que la idea del sentido al que Freud continúa siendo fiel depende de un gradiente que se extiende con la fuerza que atravesara los espacios psíquicos, sufriendo transformaciones, atrapada entre la salida de la descarga según varios modos de expresión —somático, alucinatorio o actuado—, o participando en desórdenes del sentido limitadores del despliegue diversificado de sus expresiones. A la inversa, otros recorridos, que introducen la actividad psíquica en los circuitos largos de la elaboración, adoptan los caminos de la representación, transformando sus productos gracias a la proximidad de ámbitos que se prestan a lo representativo. Todo esto engloba un conjunto de regímenes que van desde sus precipitaciones somáticas hasta las formas intelectuales de la abstracción. Esta jerarquía implícita no debe autorizar la imposición de un modelo único, pues la abstracción no tiene que ser entendida en el sentido exclusivo que le da la ciencia. La abstracción artística o filosófica corresponde a modelos diferentes.

En lo que concierne a la práctica psicoanalítica, aparece aquí la oportunidad de abarcar un campo más vasto que el de la cura clásica, ya que puede incluir las somatosis y las psicosis, incluso las psicopatías, o al menos los aspectos de estas entidades que se prestan a la investigación del psiquismo comprometido en ellas, lo cual supera las perspectivas abiertas por las indicaciones clásicas de las neurosis. En la dirección opuesta, la del destino evolutivo de las pulsiones, la investigación se extiende hasta las sublimaciones. No obstante ello, es innegable que los resultados de la ex-

periencia psicoanalítica son más seguros cuando uno se limita a la órbita de las neurosis. Ya sea que se tome la dirección de la patología o la de las diferentes formas de sublimación, la proporción de lo aleatorio y de lo especulativo será más importante. Este reconocimiento, sin embargo, debe alertar contra las eventuales tentativas de dar cuenta de los estados «neurótico-normales» que siguen siendo el eje de las indicaciones del psicoanálisis, según datos de inspiración exclusivamente «psicológica». Intentaríamos deshacernos, entonces, del rol de las polaridades biológicas, somáticas, o de los efectos del actuar que limitan la estética de nuestras especulaciones y que proponen una visión más halagadora, espiritualmente más apasionante, de nuestros determinismos psíquicos. A la inversa, la evocación de estos determinismos no podría relegar la potencialidad, incluida desde los primeros lineamientos del psiquismo, de aquel aspecto de este que ha apelado al concepto de trascendencia. Somos presa de tendencias opuestas de diversos reduccionismos. El reduccionismo psicologizante no es el menos atractivo.

Se vuelve evidente, por tanto, que la oposición entre el adentro y el afuera va a ser objeto de una radicalización: en su polo más interno, que escapa más a la influencia de la realidad externa, la pulsión; en su polo más externo, el más opuesto, diríamos, a la pulsión, el otro, con toda la complejidad que le impide ser definido por su sola relación con la pulsión y remite siempre, de hecho, a un sujeto; pues, como ya lo he señalado, no hay sujeto sino para otro. El objeto, recordémoslo, está sometido al juicio de existencia. Hay que reconocer aquí el paso decisivo que dieron Bion y Winnicott en su reformulación del problema; pero, luego de oponer estos dos mundos, hay que articularlos. Utilizaré una fórmula de Cesar y Sára Botella, concisa y contundente: «únicamente adentro, también afuera». Nos topamos aquí con la tan conocida posición de Freud: encontrar un objeto es reencontrarlo.

La pulsión y el objeto

Cada uno de estos dos polos, pulsión y objeto, demanda un análisis semántico. En lo que concierne a la pulsión, el

conjunto, descripto de la manera más rigurosa por Freud, reúne las nociones de concepto límite, anclaje en el sona, excitación que llega al psiquismo y medida de la exigencia de trabajo impuesta a lo psíquico a causa de su lazo con lo corporal. He demostrado⁴ cómo la conocida definición de Freud englobaba los tres puntos de vista: dinámico (que recorre el trayecto del cuerpo a lo psíquico), tónico (por definición de los espacios somático y psíquico) y económico (por la medida de la exigencia de trabajo exigida por sus relaciones). Sin duda, esta noción de trabajo psíquico es la más importante y muestra que la idea de un psiquismo puro y elemental no puede definir completamente a la pulsión, como se tiende a pensar, sino que esta es en sí misma la sede y el producto de un trabajo. Sólo se la puede calificar, pues, con relación a las formas más sofisticadas de representación. Ahora bien: esta definición, cuya orientación intrapsíquica es ostensible, puede también ser leída según una grilla de inspiración diferente. En efecto: se puede imaginar que esta grilla describe la relación de un *infans* con su madre, o también la excitación nacida del estado del *infans* y que tiende a exteriorizarse para alcanzar el espacio psíquico materno, trabajando sobre sí misma y obligando a la madre a trabajar a su vez para responder al estado de desamparo del niño. Esta sería una interpretación intersubjetiva. Sin embargo, lo que importa es que la misma definición pueda ser leída según dos grillas diferentes, intrapsíquica e intersubjetiva, como matriz primaria de la cual han de surgir las diferencias ulteriores de una y otra, su oposición y su complementariedad.

En cuanto al objeto, su definición no es más sencilla. Es polisémica, siempre hay más de un objeto, como habíamos dicho, y el conjunto de ellos reúne numerosos campos y asegura funciones que no pueden ser abarcadas por un concepto único. La teoría del objeto está marcada por una contradicción observada ya en Freud y que según mi conocimiento no ha sido superada. Cuando Freud habla del objeto a propósito de los componentes de la pulsión, estima que es una de las características más contingentes de esta, la más reemplazable, la más sustituible y, sin duda, la más simbolizable. Por el contrario, cuando elabora la teoría de la melancolía,

habla de un objeto único, un objeto que hay que reemplazar a cualquier precio si llega a faltar. Se puede decir que él yo sacrifica una parte de sí mismo para reemplazar a ese objeto. Es evidente que la cuestión de la sustitución y del reemplazo no concierne a una teoría unitiva o exclusiva, como pretenden hacer ciertas teorías inspiradas en Lacan. De hecho, este sólo puede defender la parcialidad como carácter esencial del objeto a condición de poder disponer de un concepto de otro que supere la idea de un objeto total como fuente de engaños y extravíos teóricos.

Esta división entre la pulsión y el objeto nos remite a oposiciones sistemáticas que hay que corregir, refutar e invertir. He sostenido que *el objeto era el revelador de la pulsión*. Si no hubiera falta de objeto, no sabríamos que la pulsión existe, puesto que es en ese momento cuando ella se manifiesta de manera apremiante. A la inversa, yo diría que no hay objeto, cualquiera que sea, que no esté investido y animado por las pulsiones y, más aún, habitado él mismo por sus propias pulsiones. Siempre se habla de la relación de objeto del niño con la madre, pero la madre también es un ser pulsional y aún más que él, puesto que su vida pulsional ha llegado a la madurez.⁵

Este equilibrio pulsión-objeto que es posible observar en la teoría se quebró en el curso de la historia del psicoanálisis. Hubo una acentuación del rol del objeto porque este fue subestimado en la obra de Freud. En efecto, hay en Freud una tendencia a describir las cosas de manera solipsista, como si el desarrollo del niño se hiciera a partir de los objetos que él mismo crea, y no con relación a la influencia que esos objetos ejercen en él.

Todo investigador o, mejor aún, todo descubridor tiende a resaltar lo que sus concepciones aportan de novedoso. No está tan interesado en dar un lugar a cada cosa como preocupado por ver su descubrimiento —o las consecuencias de él— relativizado y, por lo tanto, potencialmente subestimado y hasta precarizado. Para Freud, lo que había de nuevo era ese determinismo con relación a la actividad pulsional (en cuanto opuesta a la actividad surgida de las excitaciones externas y sometidas al control de la actividad voluntaria). La excitación pulsional demostraba ser la dueña del juego

⁴ A. Green, *La folie privée*, op. cit.

⁵ La represión de su vida pulsional no basta para anularla.

en el mundo interior y daba cuenta de la *constancia* de los factores que escapaban a las variaciones que influían en los elementos de la realidad externa. Freud quería subrayar el rol de lo estructural contra lo coyuntural, el de la regularidad contra lo accidental. Sin embargo, había definido claramente la idea de las series complementarias. No supo construir un estructural que fuera el resultado de las relaciones pulsiones-objeto, cuya asimetría fuese el elemento más dinámico e interesante. Preocupado por relacionar el psiquismo con las leyes de lo viviente, quizá calificó en forma insuficiente *la especificidad de lo humano en el seno de este*, por lo menos en lo que concierne a sus hipótesis sobre el fundamento del psiquismo. Por el contrario, algunos de quienes lo sucedieron, interesados sobre todo en marcar esta última especificidad, propusieron una interpretación distinta, que tendía a enfatizar la delimitación con las otras formas de lo viviente. La consecuencia fue el alejamiento cada vez mayor de la pulsión, que se quería hacer caer en desuso. Asistimos entonces a una deriva incesante que proponía, según el caso, la promoción sucesiva del objeto, luego del *Self* y, finalmente, de lo intersubjetivo. Lo intrapsíquico, por poco que se continuara defendiendo esta noción, no era más que el depósito de las relaciones pasadas y presentes entre «sujetos», sin que hubiera un gran interés en darle una definición que superase la aprehensión fenomenológica inmediata. Esta observación, evidentemente, no se aplica a la teoría lacaniana, que propuso, por el contrario, el concepto de un sujeto del inconsciente definible únicamente de acuerdo con una formalización, hipótesis que amplía en grado sumo la distancia con los axiomas fundamentales de Freud. El inconveniente de estas últimas posiciones estriba en que dan pie a la irrupción de las ciencias del cerebro, objetivistas y simplificadoras. Por más que se haya querido defender el derecho a la autonomía de las organizaciones psíquicas, la teorización dejó aquí una lamentable laguna. En todos los aspectos, es más fructífero que construyamos este lugar nosotros mismos para oponernos a las visiones tiránicas y esquematizadoras de los representantes de las ciencias naturales.

Esta digresión era indispensable para intentar explicar la posición de Freud, la de sus sucesores y la evolución actual. No obstante, es necesario considerar de una manera

menos general el curso seguido posteriormente por la teorización psicoanalítica.

Revisión de la teoría

Se impuso, pues, en un momento dado, la necesidad de revisar la teoría para incluir en ella el rol del objeto. Si tomamos como punto de partida la demanda, que se ejerce por intermedio de la activación pulsional, el modo en que el objeto habrá respondido a esta demanda contribuirá a la estructuración primitiva organizadora. Esto fue descuidado por el psicoanálisis durante mucho tiempo. Winnicott fue quien, en el fondo, planteó mejor el problema —en mi opinión, mejor que Melanie Klein, que defendió la teoría de la existencia del objeto desde el comienzo—. Tal concepción puede parecer evidente y tener en su favor la confirmación de los hechos a partir de procedimientos de observación cuyos métodos no fueron discutidos lo suficiente.

Winnicott planteó un tema esencial: ¿qué efecto produce en un niño tener una madre psicótica o loca, o un padre con esas características? Esto no fue tratado por Freud. Si, por ejemplo, releemos hoy el caso Schreber a través de la documentación que poseemos gracias a Niederland, se plantea claramente un problema con respecto a las relaciones del paciente con su padre. No se trata de establecer el rol de factores considerados exteriores al sujeto, que no dependen de él. Se trata de saber de qué manera el hecho de tener una madre o un padre «loco» puede influir en la propia estructuración psíquica interna por medio de las identificaciones y el reconocimiento del deseo por el otro, conjunto que puede afectar los fundamentos del psiquismo. En este punto hay que estar alertas, porque el reconocimiento de la «locura» del padre o de la madre puede ser un factor de desconocimiento (de sí) mucho más importante que lo habitual. La defensa implementada instalará la renegación del juego de proyecciones y contraproyecciones recíprocas, que empujare el psiquismo para evitar compartir la psicosis del padre o de la madre. Esta defensa de supervivencia tiene como contrapartida la ocultación de la red de relaciones intersubjetivas que afectan al mundo intrapsíquico del sujeto.

Otra razón para cuestionar la división entre pulsión y objeto surgió del interés otorgado a los casos límite. En estos casos límite se asiste a una cristalización de la alienación del sujeto. Uno no se enfrenta sólo a una organización con-fictiva interna, como en las neurosis, sino también a una verdadera alienación en un objeto interno. Da la impresión, por momentos, de que ya no es el sujeto el que habla, sino el objeto a través de la voz del sujeto. Se podría decir que a veces nos hallamos ante una especie de ejercicio de ventrilo-quía. Pienso en una vieja película de *sketches* que se titula *Dead of Night (Al morir la noche)*. Uno de ellos, que según creo era de Cavalcanti, contaba la historia de un ventrílocuo que se había vuelto loco porque su marioneta había tomado la palabra por sí sola y se había adueñado de sus pensamientos. En la historia del psicoanálisis asistimos a un giro crucial en el momento en que el objeto abandonó su estatus de exterioridad referencial. Ya no se trataba simplemente de un objeto fantasmático, como en Freud, sino de lo que Melanie Klein llamó «objeto interno». Ya no era simplemente un objeto que se podía ver desde el ángulo del fantasma, sino un objeto que formaba la base del universo interior del sujeto, animado por una especie de furor destructivo que amenazaba al yo con la aniquilación, haciéndole vivir terro-res de los que el niño trataba desesperadamente de liberarse. Este trabajo de destrucción del sentido impedía el desarrollo de estructuras que permitiesen organizarlo bajo la influencia de angustias arcaicas. Más tarde aparecieron otras descripciones bajo la pluma de autores conocidos, como Bion, que describió los «*attacks on linking*», ataques contra los la-zos. Por mi parte, traté de contribuir al estudio de estos fenó-menos desde otro punto de vista, poniendo en evidencia pro-cesos pertenecientes a lo que llamé *trabajo de lo negativo*.

¿Estos casos son excepcionales? ¿No nos obligan a re-avisar nuestras posturas sobre las propias bases del intercam-bio analítico?

El intercambio analítico

Lo característico de la situación que se produce en un in-tercambio psicoanalítico es la vuelta a sí mismo mediante el

rodeo por el otro. Dicho de otro modo, originalmente hay una investidura previa a cualquier transferencia en sentido estricto, y ella misma es producto de una transferencia en sentido amplio. De hecho, esta investidura sólo adquiere sentido después de haber pasado por el otro. Esto suscita co-mentarios que nos obligan a volver sobre lo que pensába-mos. En otras palabras, hay una fuente interna que empu-ja, la pulsión, pero, ¿a qué empuja? A investir un objeto, el objeto de transferencia, con miras a un fin, con una esperan-za de satisfacción. Retomo la fórmula de Freud que siempre me ha parecido en extremo interesante, aunque dudo de que haya tenido el mismo efecto en mis pares. Aparece en las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*.

«En el camino que va de la fuente a la meta, la pulsión ad-quiere eficacia psíquica».⁶ Reflexionemos detenidamente sobre lo que esto quiere decir. Freud concibe la pulsión, en la fuente, como anclada en el cuerpo y dependiente de la orga-nización corporal, aunque ya posee la cualidad propia del psiquismo, bajo una forma que, como él mismo lo reconoce, no puede definir según los criterios vigentes en materia de actividad psíquica. Empero, cuanto más se acerca la pulsión a la meta, es decir, necesariamente al objeto, más «eficacia psíquica» adquiere. Esta formulación demanda aclaracio-nes. Es como si durante el recorrido pulsional se desarrolla-ra todo un trabajo cuyo resultado fuera hacer bascular pro-gresivamente a la pulsión, nacida en las profundidades del cuerpo, hacia el lado del psiquismo, esto es, hacia un estado que transforma la dirección del movimiento en intencionali-dad. Uno puede preguntarse por qué. Si la pulsión está an-clada en lo somático, es decir, si su determinación más fun-damental está atrapada en la organización corporal, se pue-de pensar que en su estado de activación —que podría com-pararse con un estado de necesidad (Freud, a la inversa de Lacan, defiende esta posibilidad)— ella funciona de un modo que se podría calificar —por comparación— de abso-lutamente narcisista. Estaría unida al cuerpo, sería su pri-sionera. Sin embargo, dado que la pulsión —al menos, es el caso de todas aquellas que no pueden satisfacerse autoeróti-

⁶ S. Freud, «L'angoisse et la vie pulsionnelle», en *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse*, trad. de Rose-Marie Zeitlin, Gallimard, 1984, pág. 130 («Angustia y vida pulsional», en *Nuevas conferencias de in-troducción al psicoanálisis*, en *AE*, vol. 22, 1979).

camente— está forzada a desplegar-se alejándose de esa fuente somática, como una bestia que, en busca de la presa, sale de su guarida, se ve obligada, pues, no a abandonar su fuente somática, sino a salir a la búsqueda de lo que puede aliviar su tensión. Adquirir «eficacia psíquica» quiere decir estimular los recursos, sin duda muy limitados pero existentes, de una actividad de significación. Recordemos la idea de concepto límite, que implica la potencialidad psíquica. Al sostener que el psiquismo se activa en proximidad del objeto, Freud quiere decir, sin duda, varias cosas. La primera es que, como el objeto se encuentra al alcance, el psiquismo redobla la actividad para alcanzarlo con la esperanza de acercarse a la satisfacción, ya sea que la obtenga directamente o que se procure indirectamente el medio de alcanzar su meta. Empero, de todas maneras, el objeto encarna esta anticipación y excita su realización virtual. «¡Un esfuerzo más!». Esto quiere decir también que la proximidad del objeto, dotado por su parte de un psiquismo desarrollado, indudablemente da origen a una *relación* que es la característica misma del psiquismo. Relación entre un psiquismo elemental amenazado por la desorganización, en fuerte demanda de satisfacción, y un psiquismo desarrollado que responde a esta demanda, de manera necesariamente desfasada—percibida empáticamente—, ofreciendo lo que posee para responder a la situación: Una vez más, esta formulación puede aclararse si en lugar de la pulsión ponemos al *infans*, y en lugar del objeto, a la madre y/o su pecho. Debemos reconocer, entonces, que para que el sistema funcione hay que suponer una comunidad de metas: el deseo de satisfacción en el niño, al que hace eco el deseo de la madre de satisfacer al niño. Se puede agregar, en efecto, que la satisfacción mata dos pájaros de un tiro, al obtener como resultado la incorporación de lo que provee el objeto y, por transferencia meconómica y metafórica, del objeto en sí. No obstante, esto no hace más que reforzar el doble lugar del objeto incorporado, dentro y también fuera del cuerpo. Winnicott verá aquí la ocasión de defender lo que consideró una paradoja ineluctable. A esta descripción se puede añadir que el acto de incorporación no suprime únicamente la tensión de la insatisfacción, así como tampoco se contenta con proveer las impresiones agradables que lo acompañan. Este placer confiere retroactivamente a la incorporación el valor de una creación. En es-

te caso, la pelota queda en el campo del futuro sujeto. Ella explica la mutación que permite pasar del empuje de un cuerpo en busca de lo que le falta al de un proceso de creación, de una incorporación objetiva y de una apropiación subjetiva, matando de esta manera dos pájaros de un tiro. Posteriormente, estas dos operaciones condensadas en una se diferenciarán.

Volvamos a la fórmula de Freud, más intrapsíquica que intersubjetiva. Recordemos la definición de la que hablábamos poco antes: «Las excitaciones originadas en el interior del cuerpo y que llegan al psiquismo». La fecundidad de esas definiciones de la pulsión en Freud reside, como ya dijimos, en que pueden ser entendidas desde el ángulo de lo intrapsíquico y también como una interiorización de la intersubjetividad. Cuando Freud hace referencia a la pulsión de manera solipsista, puede pensarse que, en su opinión, hay una necesidad que surge en el cuerpo, y que el cuerpo envía señales para que la «mente», el pensamiento, encuentre los medios de satisfacer esa necesidad, sin olvidar la destinación desante de esa condición inicial. Esto es expresión de una concepción cerrada, de una visión interna que no implica al objeto, pero también se puede retomar la misma definición y decir que, indirectamente, alude por un lado al niño y por el otro a la madre, es decir, al niño que emite señales para que la madre suprima la situación de angustia. Si se acercan las dos interpretaciones, la solución aparece en el modelo intrapsíquico a través de la estimulación de la mente del *infans*, y en el modelo intersubjetivo, por el socorro de la madre. Las dos soluciones son insatisfactorias. La primera, porque no tiene ninguna posibilidad de éxito si el objeto no llega a tiempo luego de los mensajes enviados por el *infans*; la segunda, porque si la solución corresponde a la madre, la mente del niño no tiene ninguna razón para desarrollarse. De cualquier manera, el progreso sólo puede provenir del par pulsión y objeto o *infans* y madre, reunidos en una tensión óptima, suficiente para confiar en la solución y mejorar la eficacia de los mensajes del lado del *infans*, y suficientemente imperfecta para no aportar la solución de la madre más que de manera imperfecta. De todos modos, existe esta fuente que trata de investir un objeto y que deja el campo más libre posible a las transformaciones y a las expresiones de la pulsión; tal es el sentido del *destino* de las

pulsiones, la explicación de la necesidad de las defensas. Sin embargo, dentro de esa misma libertad, la pulsión encuentra obstáculos en la comunicación. Tenemos un ejemplo con el problema de las dos censuras implicadas en la situación analítica: censura moral, pero también censura racional. Por una parte, la amenaza de la transgresión de lo prohibido, con sus sanciones de parte del superyó; por la otra, la amenaza de desorganización, que reduce al yo a la impotencia y conmina con hundirlo en el caos bajo el imperio del ello. Es lo que formulamos como regla fundamental, para que nos siguen enunciándola: «Diga lo que le pase por la cabeza, aunque le parezca absurdo». No es sólo una cuestión de pudor: es también una cuestión de emancipación con respecto a la lógica racional, cosa que olvidamos muy a menudo.

Por lo tanto, ¿qué decir con respecto al objeto? El objeto es, por su esencia, desconocido y polisémico, despierta el deseo, es inaccesible; el contacto con él es a la vez imposible, prohibido (al menos en la situación analítica); siempre está huyendo y, al mismo tiempo que se expone, se esconde. Por un lado, el analista se ofrece a la transferencia y, por el otro, no responde a las demandas de satisfacción que en ella se expresan. Más precisamente, no responde en acto: responde escuchando la demanda y, eventualmente, interpretándola, lo cual significa que la ha «escuchado» y que este reconocimiento vale como satisfacción — en parte —.

Esto permite ver que las relaciones entre objeto y pulsión son tales que el objeto es preconcebido, proyectado, representado, construido, mientras que la pulsión es activa, dinámica, autoorganizada (en el sentido de Atlan) y sujeta a la transformación. Temo que, por no especificar las relaciones mutuas entre el objeto y la pulsión, se simplifiquen mucho las cosas.

La construcción del objeto lleva retroactivamente a la construcción de la pulsión que construye al objeto. La construcción del objeto no se concibe sino a partir de que es investido por la pulsión. Sin embargo, cuando el objeto se ha construido en la psique, esto conduce a la construcción de la pulsión *a posteriori*, en tanto que la falta de objeto origina la concepción de la pulsión como expresión inaugural del sujeto. A partir de allí, surge la posibilidad de concebir el deseo o la toma de conciencia de la animación pulsional que dio nacimiento al deseo y al objeto. Para librarnos de las di-

ficultades teóricas, debemos recurrir a un pensamiento dialéctico. De otro modo, tendremos sólo una idea en la cabeza: desmembrararnos de la pulsión porque no sabemos qué hacer con ella.

El doble tiempo

Anteriormente, para describir la situación analizante utilizábamos una secuencia que era aceptada por el conjunto de los analistas. Se partía de un discurso en el que se expresaban la transferencia y la resistencia, ante el silencio del analista; en el momento pertinente se anunciaba la interpretación, y luego comenzaba un nuevo ciclo.

De hecho, creo que esas descripciones, por útiles que hayan sido, han adquirido un carácter un tanto esquemático. Lo característico en la transferencia es que se trata de una *doble transferencia en una sola operación*, es decir, una transferencia sobre la palabra y una transferencia sobre el objeto. Transferencia sobre la palabra quiere decir que todo acontecimiento que se produce en la esfera psíquica, todos los movimientos que la animan, todos los afectos, todos los fantasmas, todo lo que pasa justamente en lo intrapsíquico, debe ser verbalizado. Por supuesto, me objetarán: «¿Qué hace usted con lo preverbal?». Un análisis de lo preverbal sólo puede hacerse apoyándose en la verbalización a través de una traducción, de una traslación a la palabra. Lo preverbal existe, como la pulsión, pero, como ella, sólo es inteligible por medio de sus representaciones. A menudo, esta representación se referirá a un estado hipotético del desarrollo del niño.

La transferencia sobre el objeto es, precisamente, la transferencia sobre el analista. Aquí nos encontramos en la relación intersubjetiva. Estas dos operaciones constituyen una sola, y es por eso que las teorías de la transferencia a menudo son confusas. En ciertos análisis — pienso especialmente en los casos límite —, los pacientes manifiestan la imposibilidad de decir. Ello no significa que haya una censura activa, como en los neuróticos, que retienen lo que piensan porque está mal. No, aquí no se trata tanto de prohibición como de imposibilidad. Sin embargo, no se puede excluir la

idea de censura, aunque esta no puede ser definida sólo por la referencia moral. Y aun cuando la moral no estuviera ausente del cuadro, sus efectos no se manifestarían de la misma manera. La dificultad, incluso la imposibilidad, de estos análisis para expresarse verbalmente, es decir, para traducir sus acontecimientos psíquicos en palabras, parece provenir de mecanismos oscuros que ponen en juego al pensamiento. La red representativa que incluye el mundo de las cosas y el de las palabras está cortada a nivel del pensamiento, el pensamiento que circula entre las cosas y las palabras. Estos pacientes se quejan de que su pensamiento está vacío, por lo cual no hay nada para decir. Sin duda, son entonces presa de un pensamiento-cosa, fijado sin mediación al cuerpo o al actuar, o bien la relación entre pensamiento y palabra es desviada por la actividad alucinatoria, a menudo acompañada de una especie de síndrome de influencia silencioso. Vemos, por consiguiente, que aun cuando aquí está en juego la censura, es ante todo del ámbito de lo *impensable*.

Si se consideran los dos aspectos que acabo de describir —transferencia sobre la palabra y transferencia sobre el objeto—, se los puede aplicar a la fórmula que propuse antes, que caracteriza el proceso activo en el análisis como vuelta a sí mismo a través del rodeo por el otro. Agregaré ahora una observación. Debemos a Lacan la introducción de la referencia al otro (con minúscula y con Mayúscula) en el psicoanálisis. De él procede, pues, mi propia formulación. No obstante, en lo que a mí concierne, quiero precisar que califico a este otro como *otro semejante*. Además, todo acceso a la alteridad del otro como otro lo subordino a la existencia previa de un otro semejante, es decir, de un otro bastante cercano como para poder identificarse con él y así ayudarlo en la *Hilfflosigkeit*. La diferencia, el otro como diferente (ya sea intrapsíquicamente, el otro en cuanto es inconsciente; ya sea intersubjetivamente, el otro en cuanto es un yo fuera de mí), es a la vez desarrollo del otro semejante y apertura hacia una destinación nueva: lo que fue semejante ya no lo es, es otro. Puedo concebirlo porque ya no necesito el sostén que provee la similitud; la conciencia de la separación con respecto al otro ya no amenaza mi lugar en cuanto yo. Puedo pensar al otro porque puedo seguir siendo yo mismo, concibiéndome como falta de otro y en busca de él. Mas aquello

que me ha hecho a mí mismo no puede olvidar la parte que habrá ocupado el otro semejante. El concepto respectivo debe ser superado para hacer posible la diferencia, pero debe seguir presente en cuanto a que el trato que infligiré al otro tendrá siempre su límite, ya que no deja de ser un semejante. Lo que se revela a través de estas transformaciones, en definitiva, es la escisión constitutiva del yo.

Volvamos al otro semejante y a su función en el análisis. La función del otro no es sólo la de ser aquel a quien uno se dirige para hacer escuchar una demanda que hay que satisfacer. En otras palabras, el hecho de decir los pensamientos a otro es lo que los transforma, porque en ese momento la palabra se refleja en ella misma. «¿Qué dije? ¿Por qué dije eso?». Y puede suceder que el analista permanezca callado o que hable. En todos los casos, la palabra enunciada vuelve al sujeto, transformada por el hecho de que ha sido enunciada para otro y, de alguna manera, ha efectuado una travesía por el otro semejante, o sea, el analista, sin alcanzarlo plenamente, y está obligada a desandar el camino. Adivinamos la analogía con la activación psíquica de la pulsión en proximidad del objeto. En esas condiciones, se ve cómo intrapsíquico e intersubjetivo son dimensiones que en la práctica analítica están imbricadas y que el análisis descompone, en sentido lógico, para comprender lo que sucede en la relación consigo y con el otro. En la cura, esas dos dimensiones, aun cuando en ciertos momentos puedan oscilar con predominio de un aspecto sobre el otro, son efectivamente indisolubles. Cuando la que prevalece es la dimensión narcisista, el objeto nunca está totalmente ausente. Y cuando la que predomina es la dimensión objetal, siempre hay un reducto narcisista no alcanzado por la relación.

En el transcurso de la sesión, esa palabra dirigida a otro descansa en un ciclo de excitaciones mutuas, instituidas. Dicho de otro modo, el inconsciente es excitado por el ejercicio de la regla fundamental que empuja a la verbalización. A la inversa, cada vez que yo hablo libremente, alimento a cambio los circuitos de excitación inconsciente sobre mi discurso. Es un ciclo que se retroalimenta. Quien dice «excitación inconsciente» dice necesariamente «puesta en relación con la fuente pulsional». El hablar se alimenta de esa excitación inconsciente y pulsional que la vectorización del psiquismo transforma en palabras. Hablar es producir, es ge-

nerar sentido dirigido al otro que supuestamente escucha. Esta excitación pulsional va a reinvestír el circuito de la palabra enriqueciendo su flujo, impidiendo que se agote. Si esa investidura se debilitara, el analista sólo escucharía una palabra sin vida apenas dirigida a él. Sin embargo, no hay palabra dirigida a alguien que no incluya su respuesta, imaginaria o real. Es un punto en el que Lacan insistió con justicia. Aquí también lo intrapsíquico y lo intersubjetivo resuenan entre sí.

Para sí mismo y para el otro

Se comprende inmediatamente la conexión entre la dimensión interna de lo psíquico y el vínculo de alteridad que entabla el sujeto con el objeto, como si se entendiera por esto que la psique fuera para sí mismo y el sujeto para el otro.

En el análisis, la intersubjetividad se convierte en la mediación necesaria para arribar a la toma de conciencia de lo intrapsíquico. Esto es coherente con la idea de la división del sujeto, tanto en su interior como en su relación con el otro. Su heterogeneidad interna y su dependencia de los efectos producidos por el otro semejante han marcado con su sello los orígenes de su organización mental.

Nada fundamental que concierna a lo intrapsíquico podrá sortear los efectos de la relación intersubjetiva. Esta da acceso a la construcción hipotética de lo intrapsíquico de un sujeto, desde el momento en que se toman en cuenta los efectos de resonancia inducidos por lo intrapsíquico de otro sujeto. Insisto en este punto pues, por lo común, está ausente en las teorizaciones que hacen hincapié en la dimensión intersubjetiva tal como en general se la entiende. *Esta remite necesariamente a lo intrapsíquico de cada uno de los sujetos que ella pone en relación.*

Concebir este vínculo como una simple relación entre un sujeto y otro es desconocer que allí se juega algo más que el efecto de transferencia que ella supone. Es necesario pensar en lo que la relación entre uno y otro introduce como enriquecimiento suplementario de cada polo considerado aisladamente, *que no sigue siendo el mismo* en el contexto de sus relaciones. Y ello obliga a una profundización de la referen-

cia a lo «intra» en cuanto sería opuesta a lo «inter», porque lo más intra no puede pensarse independientemente de la mediación de lo más inter. Además, el pensamiento de lo «inter» en psicoanálisis no puede limitarse a lo que se desartolla sólo entre ambos miembros de una pareja, sino que remite a otro orden de determinación, que escapa a la observación de sus relaciones. Lo que sucede en cada intrapsíquico, y en el momento de la vinculación entre dos sujetos, revela que la relación intersubjetiva está, de alguna manera, por encima de ambos polos. Y ello, con el fin de poder aparecer a la vez las semejanzas y las diferencias que surgen en la pareja y que pesarán en la concepción que se construirá de sus intercambios. La relación intersubjetiva tiene la propiedad de crear una plusvalía de sentido con respecto a la significación que ella cobra para cada uno de los miembros. Ya se lo puede suponer cuando se estudian las relaciones intrapsíquicas, pero en el caso en que dos sujetos están reunidos ello pasa a ser una evidencia. No obstante, esta plusvalía tendrá validez sólo a condición de que se refiera a cada polo intrapsíquico. Es evidente que el conjunto de estas consideraciones introduce una duda acerca de la posibilidad de arribar a resultados verdaderamente significativos mediante la sola observación. Tal es el privilegio de la escucha, que al no poder referirse a informaciones sensoriales está obligada a construir el sentido a partir de la interpretación de la palabra, incluyendo también lo no dicho.

He aquí otra manera de recordar el papel del rodeo que he tratado de poner en evidencia. En la referencia a lo intra no podemos sustraernos de los efectos de las organizaciones biológicas, así como la referencia a lo inter remite a los efectos del *socius*; empero, ya se trate de una o de otra, el encuentro con el psiquismo exige el recurso al rodeo. En suma, lo intrapsíquico necesita el rodeo por lo intersubjetivo, pero el otro, implicado por lo intersubjetivo, remite al modelo de su constitución, que comparte con aquel al cual está unido, incluso su propia dependencia de las organizaciones biológicas. Como su par, deberá transformar lo que se origina en este anclaje. Hay que tener en cuenta una particularidad de ciertas funciones biológicas del humano que deben incluir al otro en su proyecto: la sexualidad, el eros.

El avance de la teoría freudiana:
el pasaje de la primera tópica a la segunda

¿Cuáles son las consecuencias de esta controversia en el psicoanálisis moderno? ¿Qué pensar del radicalismo pulsional de Freud? Es imposible avanzar en la discusión si no nos percatamos de las profundas razones que llevaron a Freud a oponer una segunda tópica a la primera.

Veamos por un instante la primera tópica. Está construida sobre un modelo óptico, el telescopio, utilizado esencialmente a partir de *La interpretación de los sueños*, donde predominan las representaciones visuales. Es lo que se podría llamar la «dióptrica de Freud», del mismo modo que hay, como se sabe, una dióptrica en Lacan, que debe dar cuenta de lo especularizable y de lo no especularizable, de la imagen real y de la imagen virtual.

La primera tópica freudiana está centrada en torno a la proposición «Psíquico no es igual a consciente»; pero psíquico es espejo, no lo olvidemos. Si se consideran las tres instancias, consciente, preconsciente, inconsciente, se observa que hay una raíz común: consciente. Las otras dos se definen con relación a esta: preconsciente significa inconsciente que puede volverse consciente, en tanto que inconsciente no puede jamás volverse consciente. El conjunto sólo puede ser pensado a partir de la experiencia de la conciencia. El modelo óptico hace aparecer en el seno de la conciencia lo que no está allí, mientras que lo inconsciente permanece «invisible» para la conciencia. Incluso para decir que lo inconsciente es radicalmente distinto de ella, su término de comparación continúa siendo la conciencia. Y lo problemático es, por supuesto, la cuestión del estatus de la representación inconsciente.

El lenguaje es suficientemente rico como para proveer-nos gran cantidad de locuciones y expresiones que demuestran esta relación: «ya veo» por «comprendo», que por lo demás quiere decir «soy consciente de». Aquí, la relación con la imagen —es esencial destacar que en el sueño se trata de imágenes formadas fuera de todo lazo con un objeto y, por lo tanto, sin relación con un real, y que no pueden ser referidas a él— es singular. Al no poder poner en relación esa imagen con un objeto, no hay otra solución que hacerla hablar, es decir, reemplazar el par imagen-objeto por el par imagen-

ideas, a condición de crear un régimen de flujo de ideas —asociación libre— que imite el régimen de flujo libre de las imágenes en el sueño. De ese modo, se evidencian nuevas relaciones entre la sucesión de imágenes oníricas y la de los pensamientos de la vigilia suscitados por ellas. Se trata del par representación de cosa-representación de palabra. Y se puede señalar otra particularidad de las representaciones visuales del sueño: son conscientes pero no pertenecen al sistema consciente, puesto que no obedecen a las coordenadas que lo caracterizan, la de los procesos secundarios. La conciencia es más un sistema que una simple cualidad psíquica.

En estas condiciones, se comprende que se haya sostenido que *La interpretación de los sueños* introdujo el corte epistemológico que permitió el nacimiento del pensamiento psicoanalítico. Ese libro es el resultado de una estrategia teórica de Freud, estrategia que comenzó al tratar de convencer a Fliess incluso utilizando su lenguaje, el lenguaje fisiológico, para transmitirle lo que él, Freud, quería decir. Creo que se ha cometido un error al pensar que en Freud hubo una fase fisiológica, demostrada por el «Proyecto de psicología». De hecho, el momento fisiológico de Freud está destinado únicamente a hacer comprender a Fliess su enfoque y sus descubrimientos. En el pensamiento de Freud había una división de tareas: Fliess debía ocuparse de la parte fisiológica y orgánica, y Freud debía tratar la parte psicológica. Eso llevó al fracaso del emprendimiento, como se sabe. Freud tuvo que renunciar a ese proyecto.

El desarrollo del proceso estratégico tuvo diversas etapas. Luego de haberse interesado en las neurosis y de comprobar que desembocaba en caminos sin salida, Freud pensó que la única manera de conocer lo inconsciente era interrogar al suyo propio. Para ello, debía privarse de todos los recursos de la conciencia, y es por esta razón que *La interpretación de los sueños* es un libro estratégico. Esta reclusión de Freud en el dormir que da cobijo a sus sueños, fuera de toda información perteneciente al sistema consciente, le permitirá comprender la manera en que funciona lo inconsciente, obligando a los procesos conscientes a interesarse en él al despertarse. Superada esta etapa, se puede decir que el sueño se convierte en el paradigma central de lo inconsciente, aunque no es el único. Ello da origen, en esa época, a un mo-

delo que demostrará ser relativamente eficaz para el análisis de las neurosis.

Clínicamente, el modelo es: sueño, relato del sueño, interpretación. Dicho de otro modo, uno sueña y, a partir de lo que soñó, relata; luego asocia y, al hacerlo, se comprueba cierto número de conexiones que permitirán descubrir el trabajo del sueño. No olvido las otras manifestaciones de lo inconsciente: actos fallidos, lapsus, síntomas. En cualquier caso, el método seguirá siendo el mismo: la producción de asociaciones libres, pero en estas últimas el material de base forma un corpus menos organizado que el sueño y, en cierta medida, menos emancipado de las influencias de la conciencia. En este aspecto, el sueño no puede ser sospechoso. La relación *representación de cosa-representación* de palabra está más claramente establecida aquí que en ninguna otra parte.

La manera de responder a la cuestión del pasaje a otra tópica consiste en identificar las novedades del modelo más tardío que dan, *a posteriori*, las razones de la insuficiencia del modelo más antiguo. El modelo de la segunda tópica difiere de su predecesor en un punto esencial y muy a menudo ignorado: en la primera tópica, las pulsiones no forman parte del aparato psíquico. Esa comprobación sorprende sobremanera. Sin embargo, es lo que Freud da a entender al precisar que una pulsión no es consciente ni inconsciente, y que sólo es accesible a través de sus representantes. Es evidente que si una pulsión no es consciente ni inconsciente, está fuera de un aparato psíquico construido sobre el modelo óptico. Dicho de otro modo, la pulsión está situada más acá del umbral del psiquismo, en la mayor proximidad con el cuerpo.

Este axioma es el que va a ser totalmente modificado con la segunda tópica, que va a incluir a la pulsión. Esto se afirma explícitamente respecto de la instancia llamada «ello».

El ello, dice Freud, es el reservorio de las pulsiones, pero es un «reservorio» presa de una agitación que «pulsiona», unas contra otras, mociones en conflicto. En él opera el antagonismo entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Por supuesto, tal formulación no puede ser aceptada sin discusión en la actualidad. No es fácil imaginar a qué remite ese funcionamiento si se quiere permanecer en el marco de la lógica pulsional, es decir, despojar a esta instancia de toda propiedad adjudicable al yo: personalidad, racionalidad,

organización—por no hablar de las características bien conocidas de los procesos primarios: ignorancia del tiempo, de la negación y de la contradicción—. Sobre todo, la novedad que Freud afirma indirectamente es que el ello no deja lugar a la representación,⁷ puesto que sólo las investiduras pulsionales buscan la descarga. *Todos estos argumentos procuran justificar que la parte primitiva de la personalidad psíquica no pueda definirse únicamente por su cualidad inconsciente; dicho de otro modo, que toda referencia a la De hecho, el abandono de la representación se justifica por la terrible comprobación de que la rememoración tropieza con enormes obstáculos y de que es el actuar lo preferido por el analizante. Ahora bien, todo sucede como si Freud hubiera ligado la rememoración a la relación inconsciente-toma de conciencia. Se hacía necesario, pues, hallar un modelo que explicara la gran propensión al actuar. Para él era evidente que en el comienzo fue el acto, y sin duda habría esperado que la representación constituyera una mutación decisiva. De hecho, volver al acto era reencontrar el comienzo. Queda aún la cuestión del antagonismo de los dos órdenes de pulsiones, es decir, la manera en que podemos aprehenderlas cuando no disponemos, para imaginar la situación, de ninguna de las propiedades del yo o de las inferencias de la representación. Entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte no hay ninguna diferencia en cuanto a su meta: la búsqueda de la descarga. ¿En qué se diferencian, entonces? La respuesta más clara de Freud es la que caracteriza a las pulsiones de vida por su tendencia a la aglomeración, de la que el yo en desarrollo sacará partido ulteriormente. Dicho de otro modo, procediendo a agrupamientos más o menos vastos, las pulsiones de vida se encaminan a una organización potencial que puede nacer de los lazos que se establecen en el seno de los conjuntos así creados. Por el contrario, las pulsiones de muerte tienden a prevenir esta posibilidad. Esta dualidad originaria demandaría desarrollos más amplos, que merecen por sí mismos un estudio. A fin de cuentas, el último argumento de Freud para defender la pulsión*

⁷ *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse, op. cit.*, pág. 104.

* Traducción literal del original francés. (N. de la T.)

de agresión, de destrucción o de muerte es su comprobación de la imposibilidad de erradicar el sadismo y aún más el masoquismo. Corresponde agregar que ninguna concepción ha logrado proporcionar, hasta ahora, una explicación que obtenga el consenso necesario como para reemplazar a la de Freud.⁸ Ello nos obliga a interrogar una vez más el concepto de pulsión.

La reinterrogación del concepto más fundamental de la teoría se plantea por un afán de mayor coherencia. Debemos reconocer primero que las proposiciones teóricas de Freud pueden provocar cierto malestar. Las confusiones y los malentendidos posibles acerca de las relaciones entre instinto y pulsión son, a menudo, el trasfondo del debate. No obstante, incluso haciendo a un lado el equívoco, el malestar persiste. Quienes se oponen a esta teoría le reprochan a Freud su biologismo axiomático y subrayan que la biología misma no encuentra en sus descubrimientos nada que justifique el concepto de pulsión. Se propone, pues, una teoría de reemplazo fundada en una psicología, es decir, en hipótesis mixtas surgidas de las ciencias cognitivas y de las neurociencias. En efecto: desde el punto de vista de la biología, el modelo de la pulsión ya no es aceptable tal cual. ¿Cómo ubicar los elementos del concepto límite entre el soma y la mente? ¿La «mente» que trabaja estaría fuera del soma? Por supuesto que no, pero, en lugar de quedarnos con esta primera lectura, tratemos de traspasar las figuras del argumento inventado por Freud. Consideremos, pues, que todo sucede en el interior del soma; para ser más claros, en el cerebro. Lo que Freud designaría aquí «soma» son las representaciones del cuerpo en estado de necesidad, en que el estado de las «fuentes» carecería de algo y las «representaciones» de esos estados se inscribirían en el nivel de las estructuras cerebrales, cuya organización cortical es la más desarrollada. Lo que Freud llama «mente» pondría en juego los circuitos de la corteza cerebral encargados de encontrar soluciones para remediar el sufrimiento de los estratos subcorticales, movilizándolo representaciones en el nivel superior. Tal construcción, cuyo único fin es mostrar que no re-

sulta imposible una formulación que obedezca al realismo biológico, es más elocuente intuitivamente cuando uno se dis-pensa de esta «versión doblada» al lenguaje de los biólogos.

Hay que reconocer que este modelo se adapta mejor a la relación oral y a la relación sexual genital. Cuando están en juego las otras pulsiones —escópicas o sadomasoquistas, por ejemplo— se necesita una teorización más complicada, porque es verdad que se puede objetar: ¿La excitación pulsional tiene su fuente en el ojo o en la musculatura? Sería demasiado simple, y sin embargo el placer de ver (y de ser visto), de golpear (o de ser golpeado), es innegable. La verdad obliga a decir que aquí falta el lugar del fantasma, en tanto que en la relación oral este aparece... naturalmente. Aunque, incluso en este último caso, las derivas patológicas nos indican que la necesidad ya no tiene nada que ver. Razón de más para reflexionar acerca de las relaciones entre psiquismo corporal y psiquismo fantasmático sin recurrir a la solución de deshacerse del anclaje corporal o de imaginar especulaciones poco creíbles, que tienden a mitologizar el cuerpo.

Otras soluciones van a revelar, sobre todo, sus preferencias por una concepción surgida del estudio de las relaciones entre el niño y su objeto primario. Las teorías diferirán en cuanto a las distintas versiones de esa relación: relaciones de objeto de los kleinianos, resultados surgidos de la observación madre-bebé, acento puesto en el *Self* en los kohutianos, teoría de la seducción generalizada de Laplanche, etc. Esta última se presenta verdaderamente como una alternativa a la teoría de las pulsiones, al proponer la idea de un *objeto-fuerza* injertado en el sujeto y que cumple una función antes atribuida a una fuente pulsional orgánica. En un nivel más alto, la «intersubjetividad» será llevada al conjunto de las relaciones mutuas entre analista y analizante, liberándose de la molesta teoría freudiana, en un enfoque de inspiración fenomenológica.

Sobre la fuerza y el sentido

Lo esencial en la teoría de las pulsiones es que nos permite no sólo concebir un psiquismo primitivo dependiente de las necesidades originadas en el cuerpo (anclaje en lo so-

⁸Véase A. Green, «Pulsión de mort, narcissisme négatif, fonction désoblécalisante», en *Le travail du négatif*, op. cit. [«Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desoblécalizante», en *El trabajo de lo negativo*, op. cit.], e *infra*, cap. 7.

mático, aunque ya psíquico), sino, sobre todo, describir un soporte teórico adecuado para defender la idea de que el psiquismo está constituido por *fuerzas* capaces de evolucionar, pero que mantienen irreductible una parte relativamente importante de su configuración originaria. Esta parte, según las circunstancias, permanece parcialmente rebelde a cualquier evolución, aprendizaje o domesticación por el entorno inmediato o regulado por la influencia cultural, sin contar con que a veces esta influencia se ejerce en el sentido favorable a la pulsión. Más aún que lo inconsciente, esta es la herida más profunda infligida a nuestra humanidad. Lo inconsciente afecta la soberanía del yo, pero la pulsión tiene a la mente bajo su férula, pues no hay que contentarse con creer que sólo es ese fondo lo que nos impide evolucionar, sino también todas las formaciones ulteriores a las cuales aportó su colaboración, donde se hallan disfrazados los aspectos considerados más primitivos según explicaciones de tipo abiertamente psicológico y racionalizante. Por otra parte, el concepto de fuerza es, sin duda, el que mejor explica el de resistencia. Además, aunque una fuerza tal no pueda fundirse completamente en las organizaciones del sentido, puede, por el contrario, alimentarlas y transferirse en las sublimaciones más elaboradas, nutriendo así la búsqueda incesante de sus metas. Empuje-resistencia: efecto y contragolpe de la pulsión sobre el yo e inversión de esta. Sería muy largo de explicar aquí el modo en que la otra gran institución contestataria del yo, es decir, su escisión, en el origen del superyo, puede proceder a la negatización de la fuerza que anima al empuje pulsional, ejerciendo su presión en nombre de una realidad y de una «conciencia» tan sorda a la voz del yo como lo es el ello cuando aquel acusa a este de ser incapaz de satisfacer sus aspiraciones. Poco importan las especulaciones sobre la pulsión de muerte: todavía hay que encontrar en su base la idea de fuerza. Es en vano interrogarse sobre si se trata de la misma fuerza invertida o de dos fuerzas distintas. Lo esencial es no ceder a la idea de que sólo sería una defensa. Desde el momento en que la pulsión de muerte puede adquirir una independencia suficiente y sustraerse a la acción de las pulsiones de vida, merece ser considerada un concepto distinto.

Antes de seguir avanzando debemos preguntarnos en qué argumentos descansa la idea de que el psiquismo, y

más exactamente el psiquismo inconsciente, no puede ser caracterizado sin recurrir a la noción de fuerza. Ella misma está ligada a la de energía. Freud la considera sinónimo de libido. Se sabe que la energética ha suscitado muchas críticas, quizá debido a que se la ha explicado apoyándose en la clínica. Teóricamente, es claro el vínculo entre empuje interno de la pulsión, fuerza y energía. Dado que este conjunto puede despertar objeciones, se prefieren otras concepciones, que dan lugar a la teoría de referencias «mecanicistas». Se resaltan entonces, por medio de la dimensión relacional, las vías del sentido, en circulación a través de la intencionalidad de los intercambios entre varios partícipes. Quedan cierto número de rasgos propios de la causalidad psíquica tal como la concibe el psicoanálisis, que son relegados a un segundo término; citaré, sin detenerme: la excitación del deseo, la atracción incoercible de su objeto, la tenacidad de la fijación, la movilización que permite el intercambio sustitutivo de objetos y metas, la obstinación de la razón y de la resistencia, el sentimiento de impotencia de la razón y de la voluntad, el carácter caótico y contradictorio de las metas perseguidas y, *last but not least*, el aspecto demoníaco de la compulsión de repetición. Cuando Freud recuerda que «la pulsión debe su nombre»⁹ a la idea de un montante de energía que empuja en una dirección determinada, instituye esta fuerza de manera indiscutible. En adelante, para desoldarizarse de esta visión del psiquismo será necesario deshacerse de la pulsión.

Más allá de la clínica, es puesto en tela de juicio un conjunto de axiomas respecto de los cuales no se sabe con qué se los podría reemplazar. En el fundamento del psicoanálisis, Freud inserta una concepción dinámica de los acontecimientos psíquicos. El término fue tan desacreditado que puede prestarse a malentendidos. Para restituírle algo de su significación original, recordemos ciertas exigencias de la comprensión psicoanalítica: la regla de decir todo, que impide la selección o la argumentación según un juicio pre-determinado; el flujo de la asociación libre y de la atención flotante o, también, en suspenso. Hay en esto una suerte de intento de encontrar una modalidad originaria de investi-

⁹ *Neuvelles conférences d'introduction à la psychanalyse*, op. cit., pág. 130.

dura. Recordemos asimismo el régimen de flujo libre de la energía en los procesos primarios, el lugar central otorgado a la moción pulsional en la segunda tópica. Finalmente, la última teoría de las pulsiones facilitará la posibilidad de una versión menos mitológica de las entidades postuladas al darles los atributos de la energía ligada y libre, reancondrando así viejas intuiciones.

En síntesis, si la dinamicidad es el argumento central —por no nombrar las correlaciones entre los puntos de vista dinámico, tópico, económico—, es el *movimiento* lo que hay que privilegiar entre todas las propiedades del psiquismo. Y sin fuerza casi no hay movimiento posible.

Este es el núcleo indestructible de la teoría freudiana. Si origina problemas, no es sólo porque se le opone el sentido: también es porque este se expresa bajo disfraces muy variados. Imaginar una fuerza totalmente ciega, absolutamente desprovista de sentido, sería inconcebible. Esta fuerza necesita una mínima intención. Freud creyó encontrarla en el principio de placer, pero tuvo que abandonar la idea de que tal principio pudiera responder a todas las situaciones. Más tarde haría preceder la soberanía del principio de placer por la *ligazón como forma inaugural del sentido*.

Agregaremos un corolario: lo que permite liberarse de la dominación exclusiva de la fuerza es la *representación*, que adquiere el poder de situarse como objeto sustitutivo del objeto de la pulsión. Gracias a la representación, la fuerza se desplaza, se la aprovecha para mantener juntos los elementos de la representación y para fijar a esta —relativamente— con el fin de permitir su transformación. Además, el sentido debe ser *admisible*. Plantearé la hipótesis de que la representación, para establecerse, necesita una participación del objeto, al tiempo que la figuración de este se amalgama con un modo de representación resultante de las exigencias del cuerpo. De esta conjunción nace verdaderamente el inconsciente. Y los avatares de este encuentro son los que esclarezcan sus fallos. En mi opinión, es así como se puede articular la segunda tópica con la primera, sin renunciar a sus aportaciones. En consecuencia, la fuerza y el sentido están mediatizados por la representación: representación como delegación de las exigencias del cuerpo en busca de satisfacción, es decir, de objeto; representación de satisfacción que hace figurar el objeto; representación de las demandas diri-

gidas al objeto que se vuelve demanda de significar la demanda. Nada puede construirse sin tomar en consideración esta amalgama de la fuerza y del sentido por medio de la representación.

¿Una metabiología?

Sin duda, es necesario comprender que tenemos que distinguir entre el interés heurístico de un concepto y su interpretación literal.

Así, del mismo modo en que Freud inventó una *metapsicología*, es decir, una psicología sobre lo que está más allá de la conciencia, su teoría necesita también de una *metabiología*, pues la biología no es sólo lo que los biólogos dicen que es. La ciencia biológica es la suma de los descubrimientos de sus representantes. Los problemas que plantea el examen del psiquismo, y cuya solución no puede satisfacerse con concepciones que prescindan de toda base biológica, pueden no ser abarcados por el conjunto de conocimientos de la biología, por razones metodológicas. La metabiología es la teorización que explica esto como complemento de la *metapsicología*, a la espera de que el progreso lo aporte la ciencia oficial, si puede. Es posible hallar un paralelo con aquella afirmación de los epistemólogos según la cual las teorías de la realidad no deben ser confundidas con la realidad. Lo esencial es que esta metabiología no caiga en la ideología.

Ironía de la historia: se pensaba que ya se había terminado con el obsoleto concepto de pulsión, que su desaparición programada finalmente había sobrevenido, y de pronto irrumpe en el campo social la insospechada ola de la pedofilia, que nos obliga a volver atrás y relacionar un comportamiento psíquico bien específico (por otra parte, sin que la contribución del psicoanálisis lo hiciera objeto del menor reconocimiento) con su supresión por castración química. ¿No es la pulsión la que resucita? La discreción de los medios psicoanalíticos ante la importancia del fenómeno es más que llamativa. ¿Estarán afectados por una especie de retorno de lo reprimido?

Debemos admitir que precisamos de una metabiología en función de cierto número de exigencias lógicas concer-

nientes a las relaciones entre nuestro psiquismo y nuestro soma. La necesidad de cubrirnos contra especulaciones psicológicas también podría satisfacerse aquí. La función de la metapsicología sería, pues, sacar a la luz lo impensable de la psicología, cosa que la metapsicología freudiana había comenzado a hacer. La segunda contribución que nos obliga a reinterrogar el concepto de pulsión es la de la psicodinámica. Aquí, la mutación de la actividad pulsional provocada por el proceso de somatización da oportunidad para repensar las relaciones psique-soma, admitiendo que muchos puntos permanecen todavía oscuros. Finalmente, los datos apremiantes sobre la delincuencia y la criminalidad concurren al mismo objetivo.

Todos estos son puntos de partida para refutar las teorizaciones esquematizantes de las neurociencias y proponer una concepción que haga justicia a la complejidad, respetando a la vez las exigencias que pesan sobre la descripción de los fenómenos.

Lo cultural

Hasta ahora sólo hemos centrado nuestra reflexión en la dependencia de lo psíquico respecto de nuestro cuerpo en cuanto este mismo depende de su organización biológica.

El otro aspecto de la segunda tópica que no existía en la primera y que Freud creó en su totalidad es el superyó. Con el superyó, es toda la creación del polo cultural la que interviene, gracias a los procesos transgeneracionales. Se comprende entonces que el aparato psíquico está en la convergencia de lo biológico y lo cultural. No haremos más que una alusión muy restringida a ella, limitándonos a señalar su presencia en las teorizaciones que ponen en primer plano la intersubjetividad. Hay una relativa autonomía de lo cultural, así como hay una relativa autonomía de lo biológico. Los intentos de los sociobiólogos de referir lo cultural a mecanismos genéticos fueron refutados por los antropólogos. Nuestra originalidad en cuanto psicanalistas radica en hacer emerger lo psíquico de ese doble determinismo. Esto requiere la postulación de que el superyó comienza a intervenir desde el primer amamantamiento o el primer biberón, pues

con ellos se introduce la cultura. Empero, no por dar lugar a la dimensión cultural hay que desechan lo biológico, de la misma manera en que uno no se vuelve sordo a lo cultural por tomar en cuenta el papel de lo biológico. Nuevamente, tenemos que recusar viejas ideas recibidas. La crítica de la dimensión biológica se justifica a menudo por la ideología que se advina detrás de ella, en defensa de un fujismo que defiende la inalterabilidad de una naturaleza humana o, más precisamente, de una concepción del hombre visto a través de las ciencias naturales. No obstante, cuando se trata del psiquismo humano, el papel de la epigénesis ya no es cuestionado por nadie. Más aún: al subrayar la conjunción, desde el principio, entre lo natural y lo cultural, no sólo se defiende la idea de su imbricación, sino que al mismo tiempo se resalta la extensión y la profundización del campo del conflicto, dado que es el conflicto, sin duda, lo que el examen del psiquismo humano revela en todos los niveles, y el propio del nivel social está lejos de ser menos importante que el del nivel biológico. Hay que agregar que los efectos de la sinergia y del antagonismo entre causalidad natural y causalidad cultural requieren estructuras intermedias para ser tratados adecuadamente. La creación del superyó (como la del ello) responde a esta exigencia. La hipótesis de esas formaciones permite imaginar la manera en que se relacionan unas con otras, el modo en que contraen alianzas o entran en conflicto. La oscuridad de tales relaciones es la que obliga a este tratamiento metafórico. El riesgo estriba, por supuesto, en tratar estas relaciones de una forma que responda a lo que se desea encontrar, y no teniendo en cuenta su complejidad. En este punto, está claro que la posición sociológica intenta situarse, en su relación con la teoría psicoanalítica, del lado de la intersubjetividad, minimizando los efectos de la vida pulsional. A la inversa, en el otro extremo —pienso en la psicodinámica—, el papel de la intersubjetividad está eclipsado por la insistencia en el punto de vista ecológico, lo cual no deja lugar suficiente para otros procesos psíquicos, como la identificación.

El interés del modelo fundado en la segunda tópica reside en que ilustra la profunda heterogeneidad del psiquismo. Ya no hay referente común, como lo era la conciencia en la primera tópica, puesto que las instancias están marcadas por oposiciones más radicales. El ello y el superyó son pola-

ridades opuestas, contradictorias, conflictivas; su conflictividad es factor de complejización del psiquismo. Además, está aún más afirmado que en la primera tónica el principio de una diferenciación fundada en una jerarquía implícita, ya que toda la estructura del aparato psíquico descansa en la hipótesis del fundamento sobre el que se ha edificado: la actividad pulsional. Para esclarecer aún más esta hipótesis habría que subrayar que las pulsiones de vida (o de amor) son ellas mismas el resultado de un progreso respecto de las pulsiones de muerte. No obstante, para Freud, conquistista o jerarquía no significan nunca que lo que se ha conquistado o superado esté vencido. En cualquier momento, el orden obtenido puede invertirse, y las potencias de abajo pueden recuperar su fuerza perdida.

La idea fundamental es que *la pulsión pasa a ser la matriz del sujeto*. Cuando pienso en el recordado aforismo de Freud: «*Wo es war, soll Ich werden*», «Allí donde eso estaba, yo debo advenir», según una inspirada traducción de Lacan,* me siento tentado de enunciarlo a la inversa: «Si yo advine, ¿dónde estaba eso?» [«*Si je suis advenu, où devais-je être?*»]. Esta posición articulada de Freud se fue desgastando progresivamente. Dicho de otro modo, la muerte del padre desapareció bajo la renegación de lo pulsional.

Retorno al objeto

Antes de cerrar esta reflexión quiero reexaminar también el concepto de objeto. Lo hice extensamente en el pasado y no volveré a examinarlo en detalle.¹⁰ Nos conformaremos con recordar algunas verdades elementales:

- El concepto de pulsión no es pensable sin el objeto. La prueba reside en que el objeto es parte del montaje pulsional. Además, el objeto así concebido supone siempre un objeto externo a ese montaje e independiente de él, asegurando funciones de supervivencia, al principio.

- Ninguna vida psíquica, y a fortiori ninguna vida, es posible para un ser humano si un objeto no atende a las insuficiencias que lo marcan debido a la prematuración.

* En el original, «*La où c'était, je dois advenir*». (N. de la T.)
¹⁰ A. Green, *Propédeutique*, op. cit., caps. VI, VII, VIII, IX.

- Sin embargo, considero que la tesis de la existencia del objeto desde el principio de la vida, sin ser totalmente falsa, no puede implicar la conciencia de un objeto independiente del sujeto y percibido como tal. Esta independencia será adquirida con el desarrollo (reencuentro del objeto perdido, Freud).

- El estatus del objeto será determinado por la pulsión. *El objeto es el revelador de la pulsión*, lo cual implica que la activación pulsional es la que llama al objeto a la existencia, así como la adquisición de la conciencia del objeto ocurre como consecuencia de sus inadaptaciones forzosas a las demandas pulsionales.

- El objeto primario viene a cumplir dos funciones. La primera es la de «cubrir» las necesidades del *infans*. Esta función indispensable permite, sobre todo, establecer una existencia subjetiva naciente (objeto subjetivo de Winnicott), fuente primera de creatividad y transformación elaborativa de las excitaciones pulsionales (función α de Bion). La segunda función se establece de manera explícita y positiva en forma de *objeto de la pulsión*, con todas las posibilidades de desarrollo imaginario (el fantasma), constitutivo del yo placer purificado.

- El objeto entra, pues, en relación con la actividad pulsional, que él transforma por la respuesta que le da y que conlleva, a cambio, una transformación del estatus inicial de aquel. Llega al estatus de objeto del deseo y de la demanda (Lacan), para alcanzar finalmente la condición de objeto objetivamente percibido (Winnicott) o incognoscible en cuanto absoluto (Bion).

- El resultado de esta evolución no suprime las etapas precedentes y lleva al sujeto a vivir en la paradoja de la escisión entre objeto subjetivo y objeto objetivamente percibido (Winnicott).

- La integración en el campo de lo intrapsíquico de las relaciones corrientes en los intercambios intersubjetivos da lugar a la creación de una función intrasubjetiva que se despliega en diversos niveles. Esta descripción responde a la concepción de los procesos de subjetivación que demuestran la apropiación por el sujeto de una función que interviene en la creatividad, entendida en el sentido más amplio. La acepción de esta se extiende mucho más allá de los procesos de creación propiamente dichos, de los cuales el arte es el re-

rreno diletto. Conciérneme a la puesta en juego de la marca propia del sujeto en las opciones que le propone el mundo objetal. Esto nos conduce a postular una *función objetativa* cuyo fin es transformar estructuras psíquicas, e incluso funciones particulares, en *objetos* convertidos en propiedades del sujeto y que sustituyen a sus objetos naturales. Tal es la interpretación que damos del eros freudiano. Dicha función encuentra su contrapartida en una función *desobjetivante*. La actividad de esta última se aproxima a los procesos de desligazón, cuya existencia puede presumirse por los efectos de las pulsiones de agresión, destrucción y muerte, que hacen intervenir intrincaciones y desintrincaciones procesuales.

• En ciertos sistemas teóricos, la referencia al objeto es reemplazada por la relación con el otro. El otro es aquí el otro sujeto de la relación interhumana e inaugura la relación con el otro como trascendental (el Gran Otro, Lacan). Esta posición encuentra un eco en Freud en el concepto de identificación, en sus distintas variedades (identificación primaria, secundaria, con el ideal del yo). El peligro reside aquí en la tentación de eliminar toda referencia a la pulsión, cuando se puede sostener con justicia que ella es también el motor de este proceso.

Estas mínimas observaciones resultan útiles a los efectos de establecer una teoría que intenta superar otras excluyentes y esterilizantes, y postula la necesidad de pensar *la pareja pulsión-objeto* en sus polaridades heterogéneas, pareja separada por una diferencia de potencial y creadora de diferenciaciones instanciales. El fundamento de la pulsión —pero no el conjunto de su actividad— participa, por su acento somático, de la causalidad biológica, a la que enriquece con determinaciones que ya no se pueden considerar exclusivamente orgánicas. Las formas primitivas del objeto incluyen necesariamente determinaciones culturales que impregnan el modo de satisfacción de las necesidades más naturales.

La causalidad psíquica no puede conformarse con una teoría de las pulsiones encerrada en un solipsismo inaceptable, como tampoco encuentra una solución satisfactoria en una teoría de las relaciones de objeto que pretenda prescindir de la fuente dinámica pulsional como motor de la inversión y del desarrollo. Dicha causalidad no es exclusiva-

mente intrapsíquica ni exclusivamente intersubjetiva, sino que nace de la articulación de sus relaciones y necesita recurrir a instancias mediadoras para proporcionar una imagen más exacta del psiquismo. Sin embargo, las construcciones teóricas contemporáneas deberán proponernos una imagen convincente de lo que sucede en la cura y, a la vez, tener en cuenta formas de actividad psíquica que no pueden entrar en ella pero que no es posible dejar de considerar si se admite que la teoría psicoanalítica apunta a un más allá de la cura, por más que esta siga siendo su referencia capital.

Aunque sea por un instante, dejemos atrás las divisiones teóricas antes de concluir. Pensemos en nuestra actividad de analistas, en los analizantes que se entregan al difícil trabajo del análisis. Cuando nos encontramos inmersos en el psicoanálisis como experiencia, ¿de qué somos testigos-participantes? Ni más ni menos que de la vida: de sus vicisitudes, dificultades y riquezas. Y esta es la razón principal que me incita a continuar defendiendo el concepto de pulsión. Porque sólo él habla de lo que nos empuja a vivir, sólo él nos adhiere a la vida, nos llama a explorar su diversidad y pone en movimiento nuestra capacidad de investigar otros campos, extendiendo nuestros horizontes para descubrir aquello por lo cual es atraído nuestro deseo. Pero no ignoro que la vida no tiene nada de una aventura solitaria y que, desde el primer día, nuestra textura psíquica se teje con nuestros lazos con los otros, a los que llamamos «nuestros objetos», aquellos sin los cuales no hubiésemos sobrevivido, sin los cuales hubiéramos estado solos e incompletos sobre la tierra, aquellos a quienes, en fin de cuentas, hemos dejado algo para que perpetúen a su manera, después de nosotros, esa fuente creadora a la que debemos todo.